

Proyecto MECESUP UCH0602, Inv. Resp. José Luis Martínez "Ed. Pese y Política"  
FECN 1134 \$ S. 378, sept. 2000.

335.441  
M39280.E  
C 1

Elogio del crimen

Karl Marx

UNIVERSIDAD DE CHILE  
FACULTAD DE FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
BIBLIOTECA EUGENIO PEREIRA SALAS

seguir

Asmara, Madrid  
Buenos Aires, Ciudad de México

## Elogio del crimen\*

\*Título de editor

Este texto escrito entre 1860 y 1862

se editó póstumamente,

a modo de apéndice en

*Teorías de las plusvalías,*

bajo el título

"Concepción apologética de la

productividad de todas las profesiones"

El filósofo produce ideas, el poeta poemas, el cura sermones, el profesor compendios, etc. El delincuente produce delitos. Fijémonos un poco más de cerca en la conexión que existe entre esta última rama de producción y el conjunto de la sociedad y ello nos ayudará a sobreponernos a muchos prejuicios. El delincuente no produce solamente delitos: produce, además, el derecho penal y, con ello, al mismo tiempo, al profesor encargado de sustentar cursos sobre esta materia y, además, el inevitable compendio en que este mismo profesor lanza al mercado sus lecciones como una "mercancía". Lo cual contribuye a incrementar la riqueza nacional, aparte de la fruición privada que, según nos hace ver, un testigo compe-

tente, el señor profesor Roscher, el manuscrito del compendio produce a su propio autor

El delincuente produce, asimismo, toda la policía y la administración de justicia penal: esbirros, jueces, verdugos, jurados, etc., y, a su vez, todas estas diferentes ramas de industria que representan otras tantas categorías de la división social del trabajo; desarrollan diferentes capacidades del espíritu humano, crean nuevas necesidades y nuevos modos de satisfacerlas. Solamente la tortura ha dado pie a los más ingeniosos inventos mecánicos y ocupa, en la producción de sus instrumentos, a gran número de honrados artesanos.

El delincuente produce una impresión, unas veces moral, otras veces trágica, según los casos, prestando con ello un "servicio" al movimiento de los sentimientos morales y estéticos del público. No sólo produce manuales de derecho penal, códigos penales y, por tanto, legisladores que se ocupan de los delitos y las penas; produce también arte, literatura, novelas e incluso tragedias, como lo demuestran, no sólo *La culpa* de Müllner o *Los bandidos* de Schiller, sino incluso el *Edipo* [de Sófocles] y el *Ricardo III* [de Shakespeare]! El delincuente rompe la monotonía y el aplomo cotidiano de la vida burguesa. La preserva así del estancamiento y, provoca esa tensión y ese desasosiego sin los que hasta el acicate de la compe-

tencia se embotaría. Impulsa con ello las fuerzas productivas. El crimen descarga al mercado de trabajo de una parte de la superpoblación sobrante, reduciendo así la competencia entre los trabajadores y poniendo coto hasta cierto punto a la baja del salario, y, al mismo tiempo, la lucha contra la delincuencia absorbe a otra parte de la misma población. Por todas estas razones, el delincuente actúa como una de esas "compensaciones" naturales que contribuyen a restablecer el equilibrio adecuado y abren toda una perspectiva de ramas "útiles" de trabajo.

Podríamos poner de relieve hasta en sus últimos detalles el modo como el delincuente influye en el desarrollo de la productividad. Los cerrajeros jamás habrían podido alcanzar su actual perfección, si no hubiese ladrones. Y la fabricación de billetes de banco no habría llegado nunca a su actual refinamiento a no ser por los falsificadores de moneda. El microscopio no habría encontrado acceso a los negocios comerciales corrientes (véase Babbage) si no le hubiera abierto el camino el fraude comercial. Y la química práctica, debiera estarle tan agradecida a las adulteraciones de mercancías y al intento de descubrir las como al honrado celo por aumentar la productividad.

El delito, con los nuevos recursos que cada día se descubren para atentar contra la propiedad, obliga a



descubrir a cada paso nuevos medios de defensa y se revela, así, tan productivo como las huelgas, en lo tocante a la invención de máquinas. Y, abandonando ahora al campo del delito privado, ¿acaso, sin los delitos nacionales, habría llegado a crearse nunca el mercado mundial? Más aún, ¿existirían siquiera naciones? ¿Y no es el árbol del pecado, al mismo tiempo y desde Adán, el árbol del conocimiento? Ya Mandeville, en su "Fable of the Bees" (1705) había demostrado la productividad de todos los posibles oficios, etc., poniendo de manifiesto en general la tendencia de toda esta argumentación:

"Lo que en este mundo llamamos el mal, tanto el moral como el natural, es el gran principio que nos convierte en criaturas sociales, la base firme, la vida y el puntal de todas las industrias y ocupaciones, sin excepción; aquí reside el verdadero origen de todas las artes y ciencias y, a partir del momento en que el mal cesara, la sociedad decaería necesariamente, si es que no perece completamente."

Lo que ocurre es que Mandeville era, naturalmente, mucho más, infinitamente más audaz y más honrado que los apologistas filisteos de la sociedad burguesa.

## Penal capital

Escrito en inglés en Londres  
el viernes 28 de enero de 1853

Publicado en el *New York Daily Tribune*  
del 17-18 de febrero de 1853

El *Times* del 25 de enero bajo el título "Afición a la horca" publica las siguientes observaciones:

"Se viene advirtiendo que, en este país, tras una ejecución pública se suelen dar, al poco tiempo, casos de muerte por ahorcamiento, ya sea suicida o accidental, debido a la poderosa impresión que causa la ejecución de conocidos criminales en las mentes mórbidas e inmaduras."

De los diversos casos que el *Times* señala para ilustrar esta circunstancia, uno es el de un lunático de Sheffield que, tras hablar con otros lunáticos sobre la ejecución de Barbour, puso fin a su vida ahorcándose.

se. Otro caso es el de un niño de 14 años que también se ahorcó.

La teoría que la enumeración de estos casos vendría a apoyar, difícilmente podría adivinarla un hombre sensato: nada menos que una abierta celebración del ahorcamiento y un ensalzamiento de la pena capital como *ultima ratio* de la sociedad. Tal cosa sostiene en un artículo faro el "diario faro".

El *Morning Advertiser*, en una dura pero justa censura a la afición por la horca y a la lógica sanguinaria del *Times*, aporta unos datos muy interesantes referidos a un período de 43 días del año 1849.

| Ejecución de              | Homicidios y suicidios                                      |
|---------------------------|---|
| Millan, 20 de marzo       | Hannah Sandles, 22 de marzo<br>M. G. Newton, 22 de marzo    |
| Pulley, 26 de marzo       | J. G. Gleeson, 4 homicidios en Liverpool, 27 de marzo       |
| Smith, 27 de marzo        | Homicidio y suicidio en Leicester, 2 de abril               |
| Howe, 31 de marzo         | Envenenamiento en Bath, 7 de abril<br>W. Bailey, 8 de abril |
| Landick, 9 de abril       | J. Ward mata a su madre, 13 de abril                        |
| Sarah Thomas, 13 de abril | Yardley, 14 de abril<br>Doxey, partícida, 14 de abril       |
|                           | J. Bailey mata sus dos hijos y se suicida, 17 de abril      |
| J. Griffiths, 18 de abril | Charles Overton, 18 de abril                                |
| J. Rush, 21 de abril      | Daniel Holmsden, 2 de mayo                                  |

Esta tabla, como reconoce el *Times*, no sólo recoge casos de suicidio sino también terribles asesinatos ocurridos poco después de una ejecución pública.

Resulta asombroso que el artículo en cuestión no aporte ni un sólo argumento o justificación para apoyar la salvaje teoría ahí expuesta. En una sociedad que se enorgullece de su civilidad, sería muy difícil, si no imposible, dar con un principio sobre el que fundar la legitimidad o pertinencia de la pena capital.

En general, el castigo se justifica porque ayuda a mejorar o sirve para intimidar. Ahora bien, ¿con qué derecho podéis castigarme para mejorar o intimidar a otras personas? Además, la historia, o las estadísticas, demuestran con toda evidencia que, desde Caín, el mundo no ha mejorado ni ha sido intimidado en virtud del castigo. Antes al contrario.

Desde el punto de vista del derecho abstracto, sólo existe una teoría del castigo que reconozca, en abstracto, la dignidad del hombre: se trata de la teoría de Kant, especialmente en la formulación más rígida que le da Hegel. Hegel dice:

"El castigo es el derecho del criminal. Es un acto de su propia voluntad. La violación del derecho ha sido proclamada por el criminal como su propio derecho. Su crimen es la negación del derecho. El castigo es la negación de esa negación, y consecuen-



temente una afirmación del derecho, solicitado y forzado contra el criminal por él mismo."

Hay sin duda algo de engañoso en esta fórmula, por cuanto Hegel, en lugar de tratar al criminal como un simple objeto o esclavo de la justicia, lo eleva a la condición de ser libre que dispone de sí mismo. Tras un análisis más detenido percibiremos, sin embargo, que, una vez más, el idealismo alemán tan sólo atribuye valor transcendental a las normas ya existentes en la sociedad. ¿No es un engaño sustituir al individuo con sus motivaciones reales, con las múltiples circunstancias sociales que lo condicionan, por la abstracción del "libre albedrío"—en cuanto cualidad del hombre en sí—? Esta teoría que tiene al castigo como resultado de la propia voluntad del criminal, es tan sólo una versión metafísica del viejo "ius talionis": del ojo por ojo, diente por diente, sangre por sangre.

Hablando claro, y prescindiendo de paráfrasis, el castigo no es sino un medio al que recurre la sociedad para defenderse contra las infracciones a sus condiciones vitales, sean las que sean. Y, ¿en qué estado está una sociedad que no conoce mejor instrumento para su propia defensa que el verdugo, y que, a través del "primer diario del mundo", proclama su propia brutalidad como ley eterna?

El Sr. A. Quételet, en su excelente y erudito libro, *l'Homme et ses Facultés*, dice:

"Hay una partida presupuestaria que pagamos con terrible regularidad —la de las prisiones, calabozos y patibulos... Podríamos incluso predecir cuántos individuos mancharán sus manos con la sangre de sus prójimos, cuántos serán falsificadores, cuántos traficarán con venenos, casi de la misma manera en que podemos predecir la cifra anual de nacimientos y defunciones."

En un cálculo de probabilidades que publicó en 1829, Quételet predijo con sorprendente precisión no sólo el número sino toda la variedad de crímenes que iban a cometerse en Francia en 1830.

Que no son tanto las instituciones políticas de cada país como las condiciones fundamentales de la moderna sociedad burguesa en su conjunto, lo que produce la cantidad media de crímenes en una determinada fracción de la sociedad, puede verse en las siguientes tablas comunicadas por Quételet para los años 1822-24.

De 100 criminales condenados en América y en Francia, vemos:

## Crimen y pauperismo

Publicado en el  
*New York Daily Tribune*  
el 16 de septiembre de 1859

| Edad          | Filadelfia | Francia |
|---------------|------------|---------|
| Menores de 21 | 19         | 19      |
| Entre 21 y 30 | 44         | 35      |
| Entre 30 y 40 | 23         | 23      |
| Mayores de 40 | 14         | 23      |
| Total         | 100        | 100     |

Ahora bien, si el crimen observado a gran escala refleja, en su cantidad y clasificación, la regularidad de los fenómenos físicos —si, como señala Quételet, "resulta difícil determinar en cual de los dos (el mundo físico o el sistema social) las causas eficientes producen su efecto con mayor regularidad"—, ¿no se impone pensar seriamente en cambiar el sistema que genera estos crímenes, en lugar de celebrar al verdugo que ejecuta partidas de criminales tan sólo para hacer sitio a las nuevas remesas?

Ha de haber algo putrefacto en la médula misma de un sistema social que aumenta su opulencia sin reducir su miseria, y aumenta en crímenes aún más rápidamente que en números.

No cabe duda que, si se compara el año 1855 con los inmediatamente siguientes, se habría producido una notable reducción del crimen entre 1855 y 1858. El total de personas llevadas a juicio, que en 1854 era de 29.359, ha bajado en 1858 a 17.855; el total de condenas también ha bajado notablemente aunque no en la misma medida. Esta evidente reducción desde 1854 se debe, sin embargo, exclusivamente a cambios técnicos en la legislación británica: se deben, primero, a la nueva Ley sobre delincuentes



juveniles [que sustituye la cárcel por reformatorios para los delincuentes menores de 16 años] y, en segundo lugar, a los cambios en la Ley de Enjuiciamiento Criminal introducidos en 1855, que autorizan a los magistrados de policía dictar sentencias de reclusión menor, con el consentimiento del prisionero.

Las violaciones de la ley son generalmente el resultado de factores económicos que están fuera del control del legislador, pero, como lo testimonia el funcionamiento de la ley sobre delincuentes juveniles, depende en cierta medida de la sociedad oficial el catalogar determinadas violaciones de sus reglas como crímenes y otras como meras faltas. Esta diferencia de nomenclatura, lejos de ser indiferente, decide el destino de miles de hombres, y el tono moral de la sociedad. La ley misma puede no sólo castigar el delito, sino también improvisarlo, y la ley de los legisladores profesionales es muy adecuada para operar en este sentido. Así, como acertadamente ha señalado un eminente historiador, el clero católico de la Edad Media, con sus oscuras visiones de la naturaleza humana, integradas por su influjo en la legislación, ha creado más crímenes que ha perdonado pecados.

Curiosamente, el único lugar en el Reino Unido en el que el crimen se ha reducido realmente —un cin-

cuenta por cien y hasta un setenta y cinco por cien— es Irlanda. ¿Cómo encaja esto con el lugar común que circula en Inglaterra según el cual los males de Irlanda se deben al carácter de los irlandeses y no al mal gobierno británico? No se debe a ninguna acción del gobierno británico sino que sencillamente la hambruna, el éxodo y una combinación general de circunstancias favorables a la demanda de mano de obra irlandesa han propiciado este feliz cambio en el carácter de los irlandeses [la gran hambruna de 1845-1847 produjo un millón de muertos por inanición y un millón de emigrantes]. Pero sea como sea, el significado de las siguientes tablas no puede ser más claro.

Número de pobres en Irlanda

| Año  | Pobres | Año  | Pobres |
|------|--------|------|--------|
| 1849 | 82.257 | 1854 | 78.929 |
| 1850 | 79.031 | 1855 | 79.887 |
| 1851 | 75.906 | 1856 | 79.973 |
| 1852 | 75.111 | 1857 | 79.217 |
| 1853 | 75.437 | 1858 | 79.199 |



## Delitos juzgados en Irlanda

| Año  | Total  | Condenas |
|------|--------|----------|
| 1844 | 19.448 | 8.042    |
| 1845 | 16.696 | 7.101    |
| 1846 | 18.492 | 8.639    |
| 1847 | 31.209 | 15.233   |
| 1848 | 38.522 | 18.206   |
| 1849 | 41.989 | 21.202   |
| 1850 | 31.326 | 17.108   |
| 1851 | 24.684 | 14.377   |
| 1852 | 17.678 | 10.454   |
| 1853 | 15.144 | 8.714    |
| 1854 | 11.788 | 7.051    |
| 1855 | 9.012  | 5.220    |
| 1856 | 7.099  | 4.024    |
| 1857 | 7.210  | 3.926    |
| 1858 | 6.308  | 3.350    |

## La ley y el delito

Extractos del capítulo 3 de  
*La ideología alemana* (1846)

En la historia real, los teóricos que consideraban el *poder* como el fundamento del derecho se hallaban en oposición directa frente a los que veían la base del derecho en la *voluntad*. [...] Si se ve en el poder el fundamento del derecho, como hacen Hobbes y otros, tendremos que el derecho, la ley, etc., son solamente el signo, la manifestación de otras relaciones, sobre las que descansa el poder del Estado. La vida material de los individuos, que en modo alguno depende de su simple "voluntad", su modo de producción y la forma de intercambio, que se condicionan mutuamente, constituyen la base real del Estado y se mantienen como tales en todas las fases en que siguen siendo necesarias la división del trabajo y la propie-

dad privada, con absoluta independencia de la *voluntad* de los individuos, Y estas relaciones reales, lejos de ser creadas por el poder del Estado, son, por el contrario, el poder que crea al Estado. Los individuos que dominan bajo estas relaciones tienen, independientemente de que su poder deba constituirse como *Estado*, que dar necesariamente a su voluntad, condicionada por dichas determinadas relaciones, una expresión general como voluntad del Estado, como ley, expresión cuyo contenido está dado siempre por las relaciones de esta clase, como con la mayor claridad demuestran el derecho privado y el derecho penal. Así como no depende de su voluntad idealista o de su capricho el que sus cuerpos sean pesados, no depende tampoco de ellos el que hagan valer su propia voluntad en forma de ley, colocándola al mismo tiempo por encima del capricho personal de cada uno de ellos. Su dominación personal tiene necesariamente que construirse, al mismo tiempo, como una dominación media. Su poder personal descansa sobre condiciones de vida que se desarrollan como comunes a muchos y cuya continuidad ha de afirmarlos como dominantes frente a los demás y, al mismo tiempo, como vigentes para todos. La expresión de esta voluntad condicionada por sus intereses comunes es la ley. Precisamente la tendencia a hacerse valer los individuos, independientes los unos de los otros, y de

hacer valer su propia voluntad, teniendo en cuenta que, sobre estas bases, su mutuo comportamiento es forzosamente egoísta, hace necesaria la renuncia a sí mismo en la ley y en el derecho, renuncia a sí mismo que es excepcional, y afirmación de sus propios intereses en el caso medio (que, por tanto, *ellos* no consideran como renuncia a sí mismos, aunque al "egoísta consigo mismo" se le antoje tal). Y lo mismo ocurre con las clases dominadas, de cuya voluntad no depende tampoco la existencia de la ley y del Estado, Por ejemplo, mientras las fuerzas productivas no se hallen todavía lo suficientemente desarrolladas para hacer superflua la competencia y tengan, por tanto, que provocar constantemente ésta, las clases dominadas se pondrían lo imposible si tuvieran la "voluntad" de abolir la competencia, y con ella el Estado y la ley. Por lo demás, antes de que alcancen el desarrollo necesario las relaciones que tienen que producir, esta "voluntad" sólo nace en la imaginación del ideólogo. Y, cuando ya las relaciones se hayan desarrollado lo suficiente para llegar a producirla, el ideólogo puede representarse esta voluntad como fruto del libre arbitrio y susceptible, por tanto, de ser apreciada en todo tiempo y bajo cualesquiera circunstancias. Y, lo mismo que el derecho, tampoco el delito, es decir, la lucha del individuo aislado contra las condiciones dominantes, brota del libre arbitrio. Responde,



por el contrario, a las mismas condiciones que aquella dominación. Los mismos visionarios que ven en el derecho y en la ley el imperio de una voluntad general dotada de propia existencia y sustantividad, pueden ver en el delito simplemente la infracción del derecho y de la ley. El Estado no existe, pues, por obra de la voluntad dominante, sino que el Estado, al surgir como resultante del modo material de vida de los individuos, adopta también la forma de una voluntad dominante. Si ésta deja de ser dominante, cambiará no sólo la voluntad, sino también la existencia y la vida materiales de los individuos, como consecuencia de lo cual cambiará también su voluntad. Cabe también que los derechos y las leyes "se transmitan por herencia", pero en este caso dejarán de ser dominantes para convertirse en puramente nominales, de lo que tenemos ejemplos bien patentados en la historia del viejo derecho romano y en la del derecho inglés. Ya hemos visto cómo, por medio del divorcio de los pensamientos con respecto a los individuos que les sirven de base y a sus relaciones empíricas, puede surgir en los filósofos un desarrollo y una historia de los simples pensamientos. Del mismo modo, es posible separar también aquí el derecho de su base real, con lo que se obtendrá una "voluntad de dominio", que va modificándose a través de los diferentes tiempos y que encuentra su propia historia sustantiva en

sus creaciones, en las leyes. Con lo cual la historia política y civil se reduce, ideológicamente, a la historia de la vigencia o el imperio de las sucesivas leyes. [...]

Los mismos ideólogos que han podido imaginarse que el derecho, la ley, el Estado, etc., brotan de un concepto general, tal vez, en última instancia, del concepto del hombre, y que se han desarrollado gracias a este concepto; estos mismos ideólogos, pueden también imaginarse, naturalmente, que los delitos se cometen simplemente para desafiar un concepto: que no son sino una manera de burlarse de los conceptos y que sólo se castigan para dar reparación a los conceptos violados. [...]

En la historia del derecho, vemos cómo, en las épocas más primitivas y más toscas, las relaciones individuales, materiales, bajo su forma más crasa, constituyen sin más el derecho. Las relaciones jurídicas cambian, y civilizan su expresión con el desarrollo de la sociedad civil, es decir, al desarrollarse los intereses personales como intereses de clase. Ahora, ya no se las concibe como relaciones individuales, sino como relaciones generales. Al mismo tiempo, la división del trabajo confía la salvaguardia de los intereses encontrados de los diferentes individuos a unas cuantas personas, con lo que desaparece también la imposición bárbara del derecho. [...]

Precisamente en la época situada entre la dominación de la aristocracia y la de la burguesía, al entrar en conflicto los intereses de las dos clases, cuando comenzó a adquirir importancia el comercio entre las naciones europeas y hasta las relaciones internacionales adquirieron, por tanto, un carácter burgués, empezó a hacerse importante el poder de los tribunales, que llegó a su apogeo bajo la dominación de la burguesía, en que esta división desarrollada del trabajo es inexcusablemente necesaria. Lo que a propósito de ello se imaginan los siervos de la división del trabajo, los jueces y, sobre todo, los *professores iuris*, es de todo punto indiferente.

## Filantropía burguesa

Escrito en Londres el 21 de febrero de 1870  
como apuntes para un artículo,  
finalmente publicado sin editar  
en el semanario bruselense *L'Internationale*  
con el título "El gobierno inglés  
y los prisioneros Fenians"

El silencio que guarda la prensa europea respecto de los desgraciados actos cometidos por el gobierno oligárquico británico se debe a varios motivos. Primero, el gobierno británico es *rico* y la prensa, ya se sabe, *immaculada*. Además, el gobierno británico es el *gobierno modelo*, así lo reconocen los terratenientes, los capitalistas del continente y hasta Garibaldi (véase su libro)<sup>1</sup>: por lo tanto, no parece oportuno vilipendiar este *gobierno ideal*. Por último, los republicanos franceses son tan obtusos y egoístas que dedican toda su rabia al Imperio. Sería para ellos un insulto a la libertad de expresión informar a sus compatriotas que en *el país de la libertad burguesa* se condenan con veinte años de trabajos forzados



delitos que en *el país de los cuarteles* se castigan con seis meses de cárcel. La información que sigue sobre el trato padecido por los prisioneros Fenians procede de la prensa inglesa:

Mulcahy, subdirector del periódico *The Irish People*,<sup>2</sup> condenado por participar en la conspiración de los Fenians, fue atado por el cuello a una carreta cargada de piedras en Dartmoor.

O'Donovan Rossa, dueño del *Irish People*, fue encerrado 35 días en una oscura mazmorra con las manos atadas tras la espalda día y noche. Manos que no le liberaban ni para comer las miserables gachas que le derramaban sobre el piso de tierra.

Kickham, uno de los editores de *The Irish People*, aunque con su brazo derecho maltrecho por un absceso, tuvo que subirse con sus compañeros a un montón de escombros con el frío y la niebla de noviembre y quebrar piedras y ladrillos con su brazo izquierdo. De noche volvía a su celda para comer tan sólo 6 onzas de pan y una pinta de agua caliente.

O'Leary, un anciano de sesenta o setenta años, fue encarcelado a pan y agua durante tres semanas por que no quiso abjurar de su *paganismo* (de lo que un carcelero llamó 'libre pensamiento') y convertirse en papista, protestante, presbiteriano o hasta cuáquero o abrazar cualquier otra de las muchas religiones que al pagano irlandés ofreció el director de la cárcel.

Martin H. Carey está encarcelado en un manicomio de Millbank. Y el silencio y otros tratos vejatorios a los que ha sido sometido le han hecho perder la cabeza.

El Coronel Richard Burke no ha tenido mejor suerte. Uno de sus amigos escribe que su mente ha sufrido: ha perdido la memoria y su comportamiento, sus modales y sus palabras son las de un loco.

Los prisioneros políticos son arrastrados de una cárcel a otra como animales salvajes. Se les obliga a convivir con los bellacos más viles; a lavar las cazuelas usadas por esos desgraciados, a vestir las ropas que antes vistieron esos criminales, muchos de los cuales padecen las enfermedades más horribles, y a lavarse con la misma agua. Antes de la llegada de los Fenians, todos los criminales podían hablar con sus visitantes. Después, se instaló una jaula de visitas para los Fenians que consistía en tres compartimentos separados por gruesas rejas de acero; el carcelero se pone en el compartimiento central y el prisionero y su amigo sólo pueden verse a través de la doble reja.

Hay prisioneros que comen todo tipo de gusanos, y las ranas son en Chatham una delicia. El General Thomas Burke dijo que no le sorprendió encontrar un ratón muerto flotando en su sopa. Los condenados dicen que el día en que llegaron los Fenians fue un mal día. (Se endureció el régimen carcelario.)

\* \* \*



Quisiera añadir unas palabras a estos extractos.

El año pasado el Sr. Bruce, Home Secretary [ministro del interior], un gran liberal, un gran política y un gran propietario de minas en Gales, que explota con crueldad a sus trabajadores, fue interpellado a propósito del maltrato recibido por los prisioneros Fenians y especialmente por el caso de O'Donovan Rossa. Primero lo negó todo, pero luego tuvo que admitirlo. Tras ello, el Sr. Moore, un miembro irlandés de la Cámara de los Comunes, exigió una investigación de los hechos. Algo que ese *ministerio radical* encabezado por ese semidios del Sr. Gladstone (se le ha comparado públicamente con Jesucristo) y en el que ese viejo demagogo burgués, John Bright, ejerce no poca influencia, denegó tajantemente.

La reciente oleada de noticias relativas al maltrato dispensado a los Fenians llevó a varios miembros del Parlamento a solicitar al Sr. Bruce permiso para visitar a los prisioneros con objeto de *comprobar la falsedad de esos rumores*. El Sr. Bruce les denegó el permiso aduciendo que los directores de las cárceles temían que los prisioneros se alteraran en exceso ante semejantes visitas.

La semana pasada el Home Secretary fue nuevamente interpellado. Se le preguntó si era cierto que O'Donovan Rossa había recibido castigo corporal (es

decir, azotes y latigazos) tras su elección como diputado por Tipperary. El ministro confirmó que no había recibido semejante trato desde 1868 (lo que equivale a decir que durante dos o tres años el prisionero político sí lo recibió).

En estos dos años, más de veinte trabajadores Fenians han muerto o han enloquecido gracias a la naturaleza filantrópica de estas honestas almas burguesas, alentadas por los honestos terratenientes.

Desde 1793, el gobierno inglés ha aprovechado cualquier circunstancia para justificar la suspensión de la ley del Habeas Corpus (que garantiza la libertad del individuo) de forma periódica y habitual; cualquier circunstancia para suspender, de hecho, todas las leyes, salvo la de la fuerza bruta. Así, miles de personas han sido detenidas en Irlanda como sospechosas de ser Fenians pero sin ser nunca juzgadas, llevadas ante un juez o tribunal ni siquiera procesadas. No contento con quitarles la libertad, el gobierno inglés las ha hecho torturar en los modos más salvajes que puedan imaginarse. Sigue un ejemplo.

Una de las prisiones en las que los presuntos Fenians fueron enterrados vivos es la Cárcel de Mountjoy en Dublín. El inspector penitenciario, Murray, es una despreciable bestia que maltrató a los prisioneros con tanta crueldad que algunos enloquecieron. El médico de la cárcel, un hombre excelente



llamado M'Donnell escribió durante varios meses cartas de protesta que dirigía en primera instancia al propio Murray. Pero al no responderle éste, mandó cartas de denuncia a las autoridades superiores, pero siendo Murray un carcelero experto interceptó esas cartas.

Finalmente, M'Donnell escribió directamente a Lord Mayo, por entonces virrey de Irlanda. Esto ocurrió cuando los Tories tenían el poder (Derby y Disraeli). ¿Qué consecuencias tuvieron esas cartas? Los documentos relativos al caso fueron publicados por orden del Parlamento... y ¡¡¡el Dr. M'Donnell fue cesado!!! Mientras, Murray conservó el cargo.

Pero luego llegó al poder el así llamado *gobierno radical* de Gladstone, del bondadoso, afectadamente fervoroso y magnánimo Gladstone que con tanta pasión y sinceridad lloró antes los ojos de toda Europa por la suerte de Poerio y otros miembros de la burguesía tan maltratados por el *Rey Bomba*.<sup>3</sup> ¿Qué hizo ese ídolo de la burguesía progresista? Mientras seguía insultando a los irlandeses, respondiendo insolentemente a las peticiones de amnistía, no sólo ratificó al monstruo de Murray en su puesto, sino que concedió al cargo de carcelero-jefe una bella y sabrosa sinecura como muestra de su agradecimiento! ¡Y ese es el apóstol de la burguesía filantrópica!

Pero algo debían hacer para dar gato por liebre: se hizo ineludible aparentar que hacían algo por Irlanda y entonces promulgaron la *Irish Land Bill* con gran alharaca.<sup>4</sup> No se trata sino de una pose con la que, en última instancia, engañar a Europa, ganarse el favor de los jueces y abogados irlandeses prometiéndoles litigios infinitos entre terratenientes y granjeros, conciliar a los terratenientes con la promesa de ayudas financieras del Estado y engañar a los granjeros más ricos con algunas tibias concesiones.

En la larga introducción a su grandilocuente y confuso discurso, Gladstone incluso reconoce que las "benevolentes" leyes que la liberal Inglaterra ha concedido a Irlanda en los últimos cien años siempre han abundado en el decaimiento del país.<sup>5</sup> Y tras esta ingenua confesión, el mismo hombre insiste en torturar a aquellos que quieren acabar con esta dañina y estúpida legislación.

1. Se refiere al libro de Garibaldi *Clelia, il governo del montecò, Roma nel secolo 19*, Milán, 1870, publicado en Londres ese mismo año.
2. *The Irish People* –el semanario del movimiento de los Fenians que se publicó en Dublín entre 1863 y 1865– fue prohibido por el gobierno inglés: todos los miembros de su consejo editorial fueron detenidos y condenados a trabajos forzados y su director, O'Donovan Rossa, fue condenado a cadena perpetua. La Hermandad secreta de los Fenians, con ayuda de irlandeses afincados en los EE.UU., trabajó, sobre todo entre 1860 y 1870, por la independencia de Irlanda, también colocando bombas en suelo inglés.
3. Se refiere al panfleto de Gladstone "Two Letters to the Earl of Aberdeen on the State Persecution of the Neapolitan Government", publicado en Londres en 1851 y donde Gladstone denuncia el trato recibido por los prisioneros del movimiento revolucionario de 1848-49 por parte del rey de Nápoles, Fernando II (llamado el "Rey Bomba", por el bombardeo de Messina en 1848)
4. El *Land Bill for Ireland* fue aprobado, a propuesta de Gladstone, por el Parlamento inglés en agosto de 1870. Supuestamente, debía favorecer a los granjeros irlandeses, pero tenía tantas salvedades y limitaciones que, de hecho, no sólo no modificó las bases de la gran propiedad de los terratenientes ingleses en Irlanda sino que facilitó una mayor concentración de las tierras y la ruina de los pequeños granjeros.
5. Marx se refiere al discurso pronunciado por Gladstone en la Cámara de los Comunes el 15 de febrero de 1870.